

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA¹

EL HOMBRE INDISTINGUIBLE

El hombre no poseía ningún rasgo distintivo. Moreno, de mediana estatura, bien afeitado, ropa de tonos más bien oscuros; nada había en él que pudiese atraer la atención de los transeúntes. Era, pues, invisible para peatones, compradores de supermercado, pasajeros de microbús o del tren subterráneo. Si se calzaba unos bluejeans, chaleco artesanal y aferraba unos cuantos libros y cuadernos en su mano derecha, pasaba por estudiante en cualquier campus universitario. Si, en cambio, usaba bototos, unos blue-jeans más gastados y casaca, podía asistir a cualquier asamblea sindical. Con un terno de buena apariencia era capaz de introducirse a oficinas, colegios profesionales o institutos educacionales privados. Con un jockey, bufanda y un abrigo gastado asistía a recitales, peñas y obras de teatro. Y, bueno, con ropa vieja podía representar una variada gama de papeles: vendedor ambulante, cesante, obrero del programa de empleo mínimo. Era, en definitiva, un ser privilegiado, dotado de la extraordinaria capacidad de convertirse en cualquier persona, en el momento que lo quisiera. Hombre de las mil caras: el ideal soñado por un actor. Con la diferencia de que un comediante espera destacarse con esa habilidad y lo que él buscaba era precisamente lo opuesto: no ser visto ni oído por persona alguna. El Hombre Invisible de Wells, el maléfico Horla de Maupassant.

A este hombre lo llamaremos Miguel, aunque utilizaba numerosos apelativos bien acreditados mediante documentos legales. Lo

¹ Ha incursionado en diversos géneros, principalmente el microcuento y la ciencia-ficción. Ha publicado cinco volúmenes de microrrelatos, tres libros de cuentos y tres novelas. <http://diegomunozvalenzuela.blogspot.com/>

llamaremos así, a pesar de que desconozcamos su nombre auténtico, porque era el apelativo que más le agradaba. Consta, dato corroborado por diversas investigaciones, que empleó este seudónimo una veintena de veces a lo largo de su vida, lo cual, refleja un extraño apego que no tiene relación con su comportamiento y fisonomía cambiantes.

Desde pequeño nadie se fijó en Miguel. Nació en un hogar de clase media, igual a muchos otros miles de hogares de clase media de este país. Tuvo hermanos, fue al colegio como todos los niños, pero nadie se fijó en él, ni siquiera sus progenitores. Cuando era un bebé solía estar horas en silencio, no reclamaba a la hora de comida, ni siquiera cuando los pañales húmedos lo torturaban; así es que muchas veces estuvo sin alimentarse ni mudarse de ropa durante varios días. Fue un verdadero milagro su supervivencia. Más tarde, en el colegio, desarrolló la capacidad de pasar inadvertido para los maestros. Nunca fue interrogado oralmente. Nadie notaba su ausencia en clases, tampoco su presencia. Sus padres jamás fueron citados a reuniones de apoderados. Si contestaba o no las pruebas escritas, daba lo mismo: sus notas eran regulares. De este modo, Miguel terminó su enseñanza secundaria y se vio enfrentado al problema de tener que autoabastecerse a temprana edad, puesto que en su casa nadie lo alimentaba. Ni siquiera se tomaban tiempo para conversar con él.

Cierto día encontró su pieza convertida en escritorio y se marchó sin protestar. Y sin despedirse tampoco; para qué, nadie le habría contestado. Vagó durante mucho tiempo sin encontrar trabajo. Tal vez en este período, concluyen los especialistas clínicos, puede haber desarrollado el resentimiento que motivó sus actitudes posteriores. Otros, la mayoría, aunque legos en materias psiquiátricas, afirman que jamás sintió odio, que no gozaba con el daño que causaba: él pensaba que su oficio era una forma de ganarse la vida como cualquier otra. Es difícil inclinarse por una sola de estas alternativas; nos sentimos inclinados a creer que en su conciencia operaban ambas actitudes actuando dialéctica y simbióticamente.

Por fin, después de nutridas miserias, encontró amigos y junto con ellos, su vocación y su oficio. La verdad, no era capaz de hacer ninguna cosa; fracasó en todas las ocupaciones imaginables antes de encontrar su lugar. Tuvo largas etapas de entrenamiento, durante las cuales fue bien calificado y, en consecuencia, bien considerado y respetado por primera vez en su vida. Esto fue capaz de estimular su profesionalismo hasta niveles excepcionales; poco a poco fue desta-

cándose y ganando la confianza de sus superiores. La importancia de sus misiones iba en continuo crecimiento. Al comienzo le asignaron organismos de poca monta: una junta de vecinos en un barrio de medio pelo, que era presidida por un obtuso y arteriosclerótico militar retirado; un club deportivo juvenil en una población popular que fue una pérdida de tiempo y esfuerzo, ya que al final se comprobó que todos sus miembros pertenecían a diversos servicios de inteligencia. Habían estado vigilándose unos a los otros, hasta que en el allanamiento de la sede, realizado en forma simultánea por las distintas fuerzas policiales, se descubrió la verdad. Por lo menos no perdieron la movilización: “Ya que estamos aquí, no estaría de más un operativo”, dijo alguien, y pusieron manos a la obra.

Después asistió en la Universidad. Contribuyó a la expulsión de decenas de alumnos; intervino en los interrogatorios de los dirigentes estudiantiles más destacados y se distinguió por obtener con presteza declaraciones donde los perseguidos daban fe de trato justo y digno por parte de sus captores. Pero su especial talento para camuflarse no era inagotable, de modo que con el tiempo fue señalado por algunas víctimas. Temiendo por su vida, la jefatura le encargó nuevas tareas. Fue un pequeño Dios: estuvo en todas partes con diferentes rostros y apariencias. Cobró su sueldo y recibió cuantiosas regalías.

Hacia las postrimerías del régimen, se las arregló para ubicarse en un puesto inocuo, en los subterráneos de un ministerio, en una oscura oficina de escaso movimiento. Allí permaneció tranquilo por más de una década, recibiendo carpetas, timbrando recibos y archivando papeles en orden cronológico. Así, hasta que la semana pasada una anciana descendió a la inhóspita oficina de Miguel; al reconocerlo dio un respingo. Se acercó a la ventanilla y sin dirigirle la palabra, lo escupió en pleno rostro. Miguel se aterrorizó, pensó en escapar, pero no se atrevió a salir a la calle. Se quedó allí, esperando lo que el destino le deparara. En las horas sucesivas, nadie llevó o requirió carpetas, pero muchas personas bajaron la escalera para escupirlo en pleno rostro, en silencio, sin reprocharle nada. Allí se mantiene, cadavérico, exhausto, de pie junto a la ventanilla, ante una cola interminable que se renueva continuamente, arrastrándose por la cara un pañuelo mugriento cuando los salivazos amenazan con asfixiarlo. Es como si allí no hubiese un ser humano, como si nada más hubiera un espacio vacío frente a esa ventanilla hacia donde la gente expectora su dolor, su rabia, su repugnancia.